



## La desafiante nueva geografía política del país

Hélan Jaworski

Director de Palestra / Presidente de la Comisión Organizadora de la Facultad de Gestión y Alta Dirección de la PUCP

Mayo, 2006

**Síntesis:** Mucho está cambiando en nuestra tradicional relación “centro – periferia”. Luego del 9 de abril, la geografía del Perú se vio de otra manera. El mapa de nuestro país se coloreó mostrando la distribución de las preferencias electorales. Grupos humanos, lugares y accidentes geográficos poco conocidos adquirieron una relevancia inusitada: resultan ser ahora apetecido objeto de atención política. Y es que en épocas electorales el extenso territorio nacional se vuelve elemento central del juego político. ¿Impacto social? ¡Quizás! ¿Impacto económico? Probablemente ¿Impacto político? ¡Sin lugar a dudas!

Algo nuevo está ocurriendo en la mirada pública sobre el país. Para un amplio sector profesional medio, sobre todo urbano, el futuro y buena parte del presente han comenzado a adoptar características preocupantes. Muchos de ellos sienten que se les está escapando una realidad que “antes” era distinta. Todos pueden afirmar que son y se sienten modernos, que están de acuerdo con el cambio, pero quizá no con este tipo de cambio. Porque ahora se trataría de un significativo, y algunos piensan irreversible, “cambio social”.

En épocas electorales el extenso territorio nacional se vuelve elemento central del juego político. Mientras de costumbre la noticia la hace o la pone Lima, y las provincias o el “interior” merecen menciones casi académicas y su información queda relegada a páginas interiores o al fin de los noticieros, somos testigos de la relevancia que en los últimos meses han adquirido grupos humanos, lugares y accidentes geográficos poco conocidos.

La atención que no lograron convocar la violencia y la tragedia en dos penosas décadas, la concitan hoy formas novedosas (para el país) de disputar y de ejercer el poder. Luego de los publicitados enfrentamientos entre comunidades y pueblos con empresas mineras, de crecientes protestas populares en defensa del respeto al medio ambiente, del insistente pedido de conocer anticipadamente los proyectos que pueden autorizar o llevar a cabo los gobiernos regionales y las municipalidades, parece en efecto que mucho está cambiando en nuestra tradicional relación “centro – periferia”.

¿Impacto social? ¡Quizás! ¿Impacto económico? Probablemente ¿Impacto político? ¡Sin lugar a dudas! La mejor prueba, antes de conocerse los resultados de la segunda vuelta electoral para la presidencia de la República, está dada por la trascendencia, reconocida por muchos analistas, que tendrán las elecciones regionales y municipales de noviembre próximo, no sólo en los distritos limeños, sino fundamentalmente en el interior, en la sierra y en la selva.

El análisis más fino y la opinión prospectiva quedan en manos de los columnistas y otros colaboradores de Palestra que en esta misma actualización del Portal proponen lecturas de fondo sobre la cosa pública. Mi aporte se limita a puntualizar la trascendencia del cambio que fue puesta en evidencia por la publicación en diarios, al día siguiente del 9 de abril, de mapas coloreados del territorio nacional mostrando la distribución de las preferencias electorales.



Pueblos apartados, comunidades ignoradas, distritos considerados irrelevantes, cuyo nombre a veces nos dice algo sólo porque fueron citados en el Informe Final de la CVR o en artículos de turismo de aventura, resultan ser ahora apetecido objeto de atención política. ¿Por qué se han vuelto importantes? Que son zonas atrasadas y excluidas es cierto, pero ello nunca ha funcionado como estímulo electoral ¿Será porque muchos de estos espacios, en razón de regalías y de la distribución del canon minero, son inversionistas potenciales, o contribuyentes o empleadores? ¿O quizás desgraciadamente, también potenciales clientes de “asesorías” y eventuales focos de corrupción?

Los procesos políticos, y entre ellos los electorales, no reposan solamente en posturas, actitudes y debates programáticos. Por debajo de la confrontación de ideologías o de propuestas, y del atractivo o rechazo que ambas provoquen en el electorado, se juegan, en lo concreto, sobre una base territorial definida.

Desde siempre los estudiosos del Perú han señalado las dificultades de su geografía. El énfasis fue que un territorio así de difícil tiende a dividir y separar, no a unir ni integrar. Las tres regiones, aprendidas desde la escuela, no aportaban el factor fusionante, sino todo lo contrario, subrayaban la separación. El aislamiento de las quebradas y valles interandinos, la lejanía entre el mar y la Amazonía o la larga travesía por desiertos entre los valles costeros, fueron definidos con justicia como factores de incomunicación, capaces de crear o aumentar las distancias culturales y la desconfianza entre las poblaciones.

Estas realidades fueron factores en los hechos denunciados con persistencia: el abandono, la falta de servicios, la marginación del bienestar e incluso de su esperanza, la desatención y ausencia del Estado, la rutinaria continuidad secular de la pobreza, es decir, todo aquello que se resumen hoy en exclusión. En los Andes como en la selva se tiene espacio, aire, paisaje, majestuosidad y recursos, pero falta desarrollo y proyectos para lograrlo.

A través de su historia, los pueblos del Perú han ido domesticando el territorio y en el camino señalándolo, delimitándolo, colocando hitos y referencias para garantizar y defender su identidad. Pueblos, villas y ciudades saben de memoria y por tradición hasta dónde llega su espacio, lo que es propio y familiar y desde dónde se incursiona en terreno ajeno. El gobierno real se construyó a lo largo de los siglos al lado de las delimitaciones oficiales, encomiendas, obispados, prefecturas y más adelante departamentos, provincias y distritos. El dato de partida fue siempre la geografía y los accidentes naturales representaron los signos que separaban las diferencias.

En el contexto de este año electoral, el gobierno del territorio exige estructuras institucionales nuevas, ágiles, eficientes y cercanas a la gente. Allí, en el territorio familiar, presentido y vivido por el pueblo, están escondidas las regiones auténticas, las patrias chicas del Perú, aquéllas cuyo voto es ahora anhelado y cortejado por los candidatos al gobierno nacional y a los gobiernos “subnacionales”. En los pedidos de las plazas y en las promesas de los políticos se están forjando un futuro complicado de nuevas esperanzas, de satisfacción o de rebeldía.

En tiempos electorales las palabras se cargan de énfasis pero no pierden su significado, “desarrollo” sigue significando esperanza y “pobreza” exactamente lo opuesto, es decir, fracaso.